

El triunfo que acaba de obtener con su obra «La otra cara del sueño», no lo saca de su ritmo habitual. No hace declaraciones enfáticas. No se mezcla en polémicas ni se autodeclara el mejor poeta de su tiempo. Recibe con dulzura lo que la vida le da y sonríe como esos sembradores, que se extasían viendo crecer las plantas, y como entre el follaje cantan los pájaros sus claras melodías.

Hombre de exquisito temperamento artístico deja que la suave vertiente de su emoción fluya como un arpegio. El alma no le pesa como una densa sombra. Por el contrario, la siente como una suave fragancia, acaso como el aire incontaminado del amanecer. Su verso saturado de ternura humana, de amor a la vida, es siempre un canto que se eleva y sutiliza. Sabe mostrarnos las dilatadas lontananzas de su sentimiento poético como aquellos soñadores que miran en la corriente de un río la belleza del paisaje: el cielo, el ala de un pájaro, la rama florecida del árbol estremecido en el viento. Sabe mostrarnos el paisaje del alma, en un verso que purifica el ensueño humano, como si fuera un arco de música al traducir lo más bello que tiene la vida.

**Don Claudio Rosales**

Hay hombres que se nos ocurre al verlos que no se van a morir nunca. Los vemos llenos de optimismo, de proyectos, de voluntad enérgica para afrontar todos los más inesperados sucesos, traigan ellos tristeza o alegría al alma. Don Claudio nos parecía uno de esos hombres. Y de súbito nos llega la triste nueva de su fallecimiento, cuando nada nos hacía presumir que su fin estaba tan próximo. Maestro de corazón rin-

dió la vida dedicándole a su magisterio hasta el último instante de ella.

Su amor por la enseñanza es una verdadera lección de generosidad. Llegó a compenetrarse a tal extremo de su misión, que jamás se le oía decir que estaba esperando cumplir años para jubilar. Tenía los suficientes para haberse retirado a un bien merecido descanso. Pero su amor por la juventud, le hacía seguir gozosamente en su noble tarea. Hasta que llegó a hacerse amar de los jóvenes que acudían llenos de afecto, de simpatía a escuchar sus lecciones.

Hemos podido constatar personalmente la gran pesadumbre que su desaparecimiento ha provocado entre sus alumnos. Severo, recto, siempre tratando de que sus enseñanzas fueran aprovechadas al máximo, tuvo como un buen padre, el interés profundo de que esa juventud no perdiera el tiempo, que de ella surgiera como una fuerte esperanza para Chile, una mentalidad desprejuiciada, un generoso sentimiento que se transmitiera de generación en generación, para así formar profesores en los cuales se reflejara ese concepto que el tenía de la misión del maestro.

Un homenaje emocionado le rindieron sus alumnos al despedirlo. Se vieron caras de sincero dolor, ojos húmedos en que se transparentaba la emoción de su partida. «Me voy a morir aquí un día de estos, batallando con ustedes, cabezas de piedra—les regañaba afectuoso en una de sus últimas clases. Y así fué en realidad. Se rindió como el soldado que cae con las armas en la mano, sin que la decepción asomara a sus pupilas.

Era un maestro de verdad. Un gran corazón de amigo de los niños. Un hombre que estaba entregando sin mezquindad todo el acervo de sus conocimientos.

Sólo la muerte vino a darle tregua a su tarea de educador que no conoció el desmayo ni el desencanto. Don Claudio Rosales, figura eminente en la educación superior del Estado, fué uno de esos maestros cuya huella persistirá en quienes tuvieron el honor y la suerte de ser sus alumnos.

### El año literario

Finaliza el año y en el transcurso de él, nuestra literatura se ha visto enriquecida, por una buena cantidad de libros que se hicieron notar por su alta calidad estética. Esto es doblemente satisfactorio, pues se puede observar que ya en nuestro país existe un público que sabe valorar el esfuerzo de sus escritores. Afortunadamente, ya pasó la época en que los libros se quedaban oscuramente arrinconados en un estante ante la indiferencia de la gente que los desconocía totalmente. Más que eso, que desconfiaba de su calidad. Ya no se oye decir, junto al mesón de una librería: ¡Pero, valdrá la pena comprar un libro chileno? Si son tan aburridos. . .

Los libros ahora se venden. No en proporciones fantásticas, porque aún no existe ese amor por guardar el libro. Por tenerlo a mano y abrirlo de vez en cuando, como si al recorrer de nuevo sus páginas, sintiéramos el placer de alternar con una vieja amistad. El libro se lee. Cinco de prestado por uno que lo compra. Y esto ya es mucho, y muy satisfactorio para la cultura chilena.

«Cuando yo era muchacho» de González Vera ha sido uno de los buenos éxitos editoriales del año. «Hijo de ladrón», la excelente novela de Manuel